

“BASTANTE”

(Traducido al inglés por el autor y al castellano por FERNANDO CAYCEDO Y MALO y HERNANDO CARO MENDOZA).

Todo lo anterior, olvidar. Demasiado al mismo tiempo es demasiado. Esto le da tiempo a la pluma para tomar nota. No lo veo, pero lo oigo detrás de mí. Tal es el silencio. Cuando la pluma se detiene, yo continúo. A veces se rehusa. Cuando se rehusa, yo continúo. Demasiado silencio es demasiado. O, a veces, mi voz es demasiado débil. La que sale de mí. Y ya no más sobre el arte y el oficio.

Yo hacía todo lo que él deseaba. Yo lo deseaba también. Para él. Cuando él deseaba algo, yo también. El solo tenía que decirlo. Cuando él no deseaba nada, yo tampoco. En esta forma no viví sin deseos. Si él hubiera deseado algo para mí, yo también lo hubiera deseado. Felicidad, por ejemplo, o fama. Yo solo tenía los deseos que él manifestaba. Pero él debía haberlos manifestado todos. Todos sus deseos y necesidades. Cuando callaba era como si se pareciera a mí. Cuando me decía que le lamiera el pene, yo me apresuraba a hacerlo. A mí me gustaba. Debíamos haber tenido las mismas satisfacciones. Las mismas necesidades y las mismas satisfacciones.

Un día me dijo que lo dejara. Este fue el verbo que usó. Debía estar en las últimas. No supe si quiso decir que lo dejara para siempre o que me apartara por un momento. Nunca me lo pregunté. Nunca me hice preguntas distintas de las de él. Fuera lo que fuera lo que quiso decir, me alejé sin mirar atrás. Fuera del alcance de su voz, salí de su vida. Tal vez esto era lo que él quería. Son cosas que uno ve y no se pregunta por ellas. Debía estar en las últimas. Yo, por el contrario, estaba lejos de hallarme en las últimas. Yo pertenecía a una generación completamente diferente. Esto no duró. Ahora que estoy entrando en la noche, tengo como centelleos dentro del cráneo. Terreno firme, pero no del todo. Con tres o cuatro vidas, yo hubiera podido realizar algo. No pasaba yo de los seis años cuando él me tomó de la mano. Apenas salía de la infancia. Pero no me tomó mucho tiempo salir del

todo. Fue la mano izquierda. Estar a la derecha era más de lo que él podía soportar. Caminábamos lado a lado, mano entre mano. Bastaba un par de guantes. Las manos libres, las de afuera, iban descubiertas. A él no le gustaba sentir contra su piel la piel de otro. La membrana mucosa era cosa diferente. Sin embargo, a veces se quitaba el guante. Entonces yo tenía que quitarme el mío. Entonces caminábamos cien yardas o algo así, unidos por nuestras extremidades desnudas. Rara vez más. Esto le bastaba. Si se me preguntara, yo diría que las manos impares no son adecuadas para la intimidad. La mía no se siente a gusto en la suya. Algunas veces se alejan una de otra. El apretón se afloja y se apartan. A veces pasan minutos enteros antes de que se vuelvan a unir. Antes de que la suya tome la mía. Eran guantes de algodón muy gastados. Lejos de embotar las formas las agudizaban al simplificarlas. El mío, naturalmente, estuvo muy flojo durante años. Pero no me demoré mucho en llenarlo. El decía que yo tenía manos de acuario. Es una mansión de allá arriba. Todo lo que sé viene de él. No quiero repetirlo a propósito de todos los fragmentos de mi conocimiento. No es culpa mía el arte de combinarlos. Es una maldición de lo alto. De resto, sugeriría declararme: no culpable.

Nuestro encuentro. Aunque ya muy encorvado, me parecía un gigante. Al final, su tronco iba paralelo al suelo. Para contrarrestar esta anomalía mantenía las piernas separadas y doblaba las rodillas. Sus pies se volvieron cada vez más planos y más anchos. Su horizonte era el suelo que pisaban. Pequeño tapiz movedizo de césped y flores pisoteadas. Me daba la mano como un viejo simio cansado, con el codo levantado lo más alto posible. Me bastaba enderezarme para sobrepasarlo de cabeza y hombros. Un día se detuvo y, buscando trabajosamente las palabras, me explicó que la anatomía constituye un todo.

Al principio hablaba siempre caminando. Así me lo parece ahora. Luego, a veces caminando y a veces quieto. Al final, quieto únicamente. Y la voz era cada vez más débil. Para evitarle el tener que decir la misma cosa dos veces, yo corría y me inclinaba inmediatamente hasta abajo. Se detenía y esperaba a que yo estuviera en posición. Tan pronto como observaba con el rabillo del ojo que mi cabeza estaba al lado de la suya, comenzaba sus murmullos. En nueve de cada diez casos no me concernían. Pero él quería que se oyera todo, incluso las jaculatorias y quebrados padrenuestros que arrojaba a las flores a sus pies.

Se detenía entonces y esperaba a que mi cabeza llegara antes de decirme que lo dejara. Entonces yo retiraba la mano y me alejaba sin mirar atrás. Dos pasos más y me le perdía para siempre. Quedábamos separados, si eso era lo que él quería.

Su conversación se refería raramente a la geodesia. Pero debimos haber recorrido varias veces el equivalente del Ecuador terrestre. A una velocidad media de tres millas por día y noche aproximadamente. Nos escapábamos a la aritmética. ¡Cuántos cálculos mentales, partidos en dos y cogidos de la mano! Elevábamos en esta forma series enteras de números ternarios a la tercera potencia, en medio de aguaceros. Los cubos acumulados se grababan en su memoria lo mejor que podían. Con miras a una operación recíproca en una etapa posterior. Para cuando el tiempo hubiera hecho su trabajo.

Si se me formulara adecuadamente la pregunta, yo diría que sí, que ciertamente, el final de esta larga excursión era mi vida. Digamos que más o menos las últimas 7.000 millas. Contando desde el día en que, aludiendo por primera vez a su dolencia, dijo que le parecía que ella había llegado a la cúspide. El futuro le dio la razón. Al menos aquella parte del futuro que juntos íbamos a convertir en pasado.

Veo las flores a mis pies y son las otras las que no veo. Esas que hollamos con paso igual. Es verdad que son las mismas.

En contra de lo que por largo tiempo me agradaba imaginar, él no era ciego. Solo indolente. Un día se detuvo y, rebuscando las palabras, describió sus visiones. Concluyó diciendo que no creía que fueran a empeorar. Me es imposible decir hasta qué punto no era esto una decepción. Nunca me hice esa pregunta. Cuando me agachaba para recibir sus mensajes sentía en mis ojos el destello de los suyos, azules y enrojecidos de sangre, al parecer afectados.

A veces se detenía sin decir nada. Sea porque no tenía ya nada qué decir, sea porque finalmente había decidido no decirlo. Yo me inclinaba como de costumbre para ahorrarle las repeticiones y nos quedábamos en esa posición. Doblados, con las cabezas tocándose, tomados de la mano en silencio. Mientras los minutos, persiguiéndose, volaban alrededor de nosotros. Tarde o temprano su pie se apartaba de las flores y continuábamos nuestro camino. Tal vez solo para detenernos de nuevo tras unos pocos pasos. Para que pudiera decir por fin lo que llevaba en la mente o resolviera no repetirlo.

Surgen en la memoria otros ejemplos importantes. Comunicación inmediata y continua con reiniciación inmediata. Lo mismo con reiniciación retardada. Comunicación retardada y continua con reiniciación inmediata. Lo mismo con reiniciación retardada. Comunicación inmediata y discontinua con reiniciación inmediata. Lo mismo con reiniciación retardada. Comunicación retardada y discontinua con reiniciación inmediata. Lo mismo con reiniciación retardada. Es entonces cuando habré vivido entonces o nunca. Diez años como mínimo. Desde el día en que puso lentamente el revés de su mano izquierda sobre el hueso sacro y lanzó su diagnóstico. Hasta el día de mi supuesta desgracia. Aún puedo ver el sitio un paso antes de llegar a la cresta. Dos pasos más y me encontraba descendiendo por la otra ladera. Si hubiera vuelto a mirar no lo habría visto.

Le encantaba subir y a mí también, por consiguiente. Clamaba por las laderas más escarpadas. Su constitución humana se partía en dos segmentos iguales. Esto gracias al acortamiento del segmento inferior a causa de sus rodillas dobladas. Con una pendiente de uno a uno su cabeza barría el suelo. ¿A qué se debía esta afición? no puedo decirlo. Al amor a la tierra y a los mil aromas y matices de las flores. O a más crudos imperativos de orden anatómico. Nunca planteó el problema. Llegados a la cuesta, ¡ay!, otra vez la bajada.

Con el fin de gozar, periódicamente, del cielo, recurría a un espejito redondo. Después de empañarlo con el aliento y de lustrarlo contra la pantorrilla, buscaba en él las constelaciones. ¡Aquí está!, exclamaba refiriéndose a la Lira o al Cisne. Y a menudo añadía que el cielo parecía ser el mismo.

No estábamos en las montañas, sin embargo. Había ocasiones en que yo discernía en el horizonte un mar cuyo nivel parecía más alto que el nuestro. ¿Podría ser acaso el lecho de un enorme lago evaporado o vaciado de sus aguas por debajo? Nunca me hice la pregunta.

El hecho escueto es el de que con frecuencia nos hallábamos en esta especie de montículo de unos 300 pies de altura. De mala gana yo alzaba los ojos y distinguía el más cercano, muchas veces en el horizonte. O en lugar de alejarnos del que acabábamos de descender, lo ascendíamos de nuevo.

Estoy hablando de nuestro último decenio, comprendido entre los dos acontecimientos descritos. Este vela los que transcurrieron antes y que deben haberse parecido como dos briznas de hierba. A aquellos años engolfados es razonable imputar mi educación. Pues no recuerdo haber aprendido nada durante aquellos que recuerdo. Es este razonamiento el que me tranquiliza cuando me detiene abruptamente todo lo que sé.

Coloco la escena de mi desgracia casi al llegar a la cresta. Por el contrario, fue en lo plano, en medio de una gran calma. Si me hubiera vuelto a mirar, lo habría

visto en el sitio donde lo dejé. Cualquiera nonada me habría mostrado mi error, si hubiera sido un error. En los años siguientes no descarté la posibilidad de hallarlo de nuevo. En el sitio donde lo había dejado, si no en otro lugar. O de oírlo llamarme. Diciéndome para mis adentros que él estaba en las últimas. Pero no confiaba demasiado en ello. Pues apenas si alzaba yo los ojos de las flores. Y su voz estaba gastada. Y como si eso no fuera bastante, yo seguía repitiéndome que él estaba en las últimas. Por eso no me tomó mucho tiempo dejar de confiar por completo.

No sé como está el tiempo ahora. Pero durante mi vida estuvo eternamente bueno. Como si la tierra hubiera venido a descansar en la primavera. Me refiero a nuestro hemisferio. Súbitos chaparrones nos pillaban. Sin oscurecimiento perceptible del cielo. Yo no habría advertido la falta de viento si él no la hubiera mencionado. Del viento que ya no era más. De las borrascas que había capeado. Justo es decir que no había nada para arramblar. Las flores mismas carecían de tallo y estaban a ras de tierra, como los lirios acuáticos. Nada de adornarse el ojal con ellas.

No llevábamos cuenta de los días. Si llego a los diez años es gracias a nuestro pedómetro. Millaje total dividido por promedio de millaje diario. Tantos días. Dividáanse. Tal cifra la noche anterior al hueso sacro. Tal cifra la víspera de mi desgracia. El promedio diario siempre al día. Réstese. Divídase.

La noche. Tan larga como el día en este interminable equinoccio. Cae y continuamos. Antes del alba nos hemos ido.

Posición de descanso. Metidos en cuña, plegados en tres. El segundo ángulo recto a la altura de las rodillas. Yo en el interior. Nos damos vuelta como un hombre cuando manifiesta el deseo. Puedo sentirlo en la noche, apretado contra mí con toda su longitud retorcida. Antes que una cuestión de dormir era cosa de acostarse. Pues caminábamos medio en sueños. Con su mano de arriba me cogía y me tocaba donde quería. Hasta cierto punto. La otra se enredaba en mi pelo. Murmuraba cosas que para él ya no eran y que para mí no podían haber sido. El viento en los tallos superficiales. La sombra y albergue de los bosques.

El no era dado a hablar. Un promedio de 100 palabras diurnas y nocturnas. Espaciadas. Escasamente un millón en total. Numerosas repeticiones. Jaculatorias. Demasiado pocas aún para un reconocimiento superficial. ¿Qué sé yo del destino del hombre? Yo podría contarles algo más sobre los rábanos. El les tenía afición. Si viera uno yo podría darles su nombre sin vacilación.

Vivíamos de flores. Esto en cuanto a subsistencia. Se detenía y, sin tener que agacharse, cogía una manotada de pétalos. Luego echaba a andar masticando con la boca cerrada. En general tenían un efecto tranquilizador. En general éramos tranquilos. Más y más. Todo lo era. Esta idea de tranquilidad me viene de él. Sin él no habría podido tenerla. Ahora borraré todo menos las flores. No más lluvia. No más montículos. Nada más que nosotros dos arrastrándonos a través de las flores. Bastante mis viejos senos sienten su mano vieja.

**SAMUEL BECKETT**

(Tomado de "No's Knife", publicado en mayo de 1967 por Calder y Boyars).